**Animales y humanos imperiales en una selección de relatos de Kipling**

Introducción: la transparencia al servicio del Imperio

Hacia fines de siglo XIX Rudyard Kipling presenta una figura de escritor que parece distanciarse de la que exponen las letras inglesas. El período finisecular suele caracterizarse como aquel en el que el arte, en general, y la literatura, en particular, se conciben ya no a la luz del didactismo, sino como prácticas formales específicas. Esta tendencia nos remite a escritores como Wilde y, ya en el siglo XX, a Joyce y Woolf como exponentes de la experimentación formal. Según Averbach,

ha tenido lugar un desplazamiento del acento; muchos escritores presentan los sucesos menudos y, por lo que al destino se refiere, insignificantes, por ellos mismos o, como pretexto para el desarrollo de motivos, para entrar sesgadamente en un ambiente, o en una conciencia o en las profundidades del tiempo. Han renunciado a representar la historia de sus personajes con pretensiones de integridad exterior, con rigurosa observación de la sucesión cronológica y haciendo hincapié en las vicisitudes externas importantes (1996: 515).

En ese contexto, Kipling sorprende por su transparencia en la construcción literaria. Ya observa T. S. Eliot al respecto:

We expect to have to defend a poet against the charge of obscurity; we have to defend Kipling against the charge of excessive lucidity. We expect a poet to be reproached for lack of respect for the intelligence of the common man, or even for deliberately flouting the intelligence of the common man: we have to defend Kipling against the charge of being a ‘journalist’ appealing only to the commonest collective emotions. We expect a poet to be ridiculed because his verse does not appear to scan: we must defend Kipling against the charge of writing jingles (1973: 6).

La escritura de la transparencia se materializa en *The Jungle Book* y *The Second Jungle Book* en la personificación de animales que, lejos de desestabilizar el verosímil realista, lo refuerza, en la contraposición entre ellos y los humanos y en la composición del personaje de Mowgli, protagonista de gran parte de los relatos. En efecto, estos abordan, como una sucesión de eventos de una *Bildungsroman*, diferentes estadios en la vida del muchacho criado por una manada de lobos en una selva que se presenta como un ámbito de sofisticada organización y jerarquización. Alejado del estereotipo que lo concibe como *locus* de lo salvaje, el espacio natural que acoge al pequeño Mowgli está regulado por una norma con rasgos atribuibles a la vida civil en sociedades occidentales. De acuerdo con Hagiioannu, “If the beast tale, with its beautiful, jewel–like moral, was a long forgotten form, it seemed to Kipling all the more appropriate and relevant for that. It was a form that implied a collective cultural memory, the custodianship of spiritual and moral ideas lost in the mists of time and progress” (2003: 108). La elección formal va de la mano con una propuesta política. Por esta razón, la ley de la selva puede concebirse no solo como tema, sino como principio de composición narrativa: es un procedimiento sobre el que se articulan los relatos; opera en términos formales para construir la transparencia narrativa. Dicho efecto se logra a partir de la estabilidad de categorías de tiempo y de espacio a cargo del narrador y así como de la tenacidad de quien relata para garantizar la homogeneidad identitaria de Mowgli, gestos mediante los cuales se expresa y se refuerza el expansionismo de la Inglaterra decimonónica. Exploraremos esta hipótesis en el siguiente corpus de relatos: “Mowgli’s Brothers”, que se termina en 1892 y se publica en 1894 en *The Jungle Book*; “In the Rukh”, que integra algunas ediciones de *The Jungle Book* luego de ser publicado inicialmente en *Many Inventions* (1893); “Tiger! Tiger!”, que es de 1894 y forma parte de *The Jungle Book*; “The Spring Running” que pertenece a *The Second Jungle Book* (1895).

**La humanidad de la ley de la selva**

En “Mowgli’s Brothers”, la ley de la selva se presenta como una norma humanizada y humanizadora. Es, de hecho, responsable de la hermandad entre los animales y entre ellos y los hombres. Se narra al respecto:

The Law of the Jungle, which never orders anything without a reason, forbids every beast to eat Man except when he is killing to show his children how to kill, and then he must hunt outside the hunting grounds of his pack or tribe. The real reason for this is that man–killing means, sooner or later, the arrival of white men on elephants, with guns, and hundreds of brown men with gongs and rockets and torches. Then everybody in the jungle suffers. The reason the beasts give among themselves is that Man is the weakest and most defenseless of all living things, and it is unsportsmanlike to touch him. They say too–and it is true –that man–eaters become mangy, and lose their teeth (1998: 3).

La ley de la selva recupera uno de los tabúes –el canibalismo–, sobre el que se apoyan las sociedades occidentales, lo que confirma su naturaleza humana. Este atributo pone en riesgo el verosímil: por un lado, se expone la construcción del hombre blanco europeo como una población inocua a la que incluso hay que proteger y, por otro, se presenta el ingreso a la jungla sin su carga expansionista. En esta línea opera la falacia de la justificación que esgrime el pasaje citado, puesto que oculta el hecho el hombre, con sus técnicas y tecnologías, se pretende superior al mundo animal y sobre esa superioridad erige la dominación de la naturaleza, expresada en el siglo XIX en el expansionismo imperial.

La ley de la selva consolida su estatuto como tributaria del imperialismo decimonónico en tanto es su carácter humano lo que salvaguarda la vida de Mowgli –que lo conducirá a servir al gobierno europeo– y el relato sobre su vida. Dicha narración también está regulada por el orden de la ley de la selva, que imprime en las relaciones entre el protagonista y los animales parlantes las categorías de tiempo y espacio humanos. Estos son los ejes estables con los que se inaugura “Mowgli’s Brothers”: “It was seven o'clock of a very warm evening in the Seeonee hills” (1). La linealidad y la estabilidad de estas categorías se extienden a lo largo de los demás relatos hasta “The Spring Running”, donde se vuelve a afirmar en boca de la pantera Bagheera: “The year turns [...]. The jungle goes forward” (322). Los vectores espaciotemporales se cuelan en la selva y, al humanizarla, la tornan habitable. Si bien una primera lectura puede arrojar la existencia de dos espacios diferenciados –la jungla y la aldea–, la humanidad de la ley de la selva difumina los límites entre ellos. De hecho, se presenta un tercer lugar en el que la esfera animal y la humana confluyen, el *rukh*, ese ámbito donde Mowgli termina conformando una familia y trabajando para el gobierno, según se nos relata en “In the Rukh”. Este desenlace resuelve uno de los conflictos que amenazan la transparencia por la que la prosa de Kipling trabaja: lo animal y lo humano entran en pugna al interior de Mowgli y desestabilizan la categoría de sujeto.

Mowgli posee rasgos de los animales y de los hombres a la vez, que no permiten su integración a ninguno de los dos mundos. En la selva, los demás animales no pueden mirarlo a sus ojos: a diferencia de ellos, es bípedo, por lo que se erige en una verticalidad que eventualmente se traduce en una superioridad jerárquica. Su partida de la jungla al concluir “Mowgli’s Brothers” es un final anunciado: dado que la indefinición del protagonista es un riesgo para la prosa didactista del siglo XIX inglés, el relato ofrece como solución definirse por un espacio que asegure una identidad. Por eso, su ingreso a la esfera humana se presenta como un nacimiento, como deja entreverse en el intercambio entre Mowgli y Bagheera:

“What is it? What is it?” he said. “I do not wish to leave the jungle, and I do not know what this is. Am I dying, Bagheera?”

“No, Little Brother. That is only tears such as men use," said Bagheera. “Now I know thou art a man, and a man’s cub no longer. The jungle is shut indeed to thee henceforward. Let them fall, Mowgli. They are only tears.” (19)

Fuera de la selva, Mowgli no concibe la vida. Bagheera lo corrige: lo que muere es su identidad como lobezno y nace su identidad como hombre. Desde esta óptica, las lágrimas recuerdan el llanto que suele acompañar al alumbramiento. Este nacimiento se refuerza con la oración final del relato: “The dawn was beginning to break when Mowgli went down the hillside alone, to meet those mysterious things that are called men” (20). El abandono de la manada es para el personaje un amanecer.

La vida de Mowgli sigue su curso en “Tiger! Tiger!”. En el espacio de los hombres, “For three months after that night Mowgli hardly ever left the village gate, he was so busy learning the ways and customs of men” (56). No obstante, pese a este aprendizaje, el tema de la identidad aún constituye un problema, como lo demuestra el nombre que recibe “the wolf–child” (53) por parte de los aldeanos: debido a que el protagonista no se identifica con la vida en la jungla ni con la vida en la aldea, su conducta resulta incomprensible y es llamado “sorcerer” (61). Eventualmente, esta indefinición se narra en la partida de Mowgli también de la esfera humana:

Man–Pack and Wolf–Pack have cast me out,” said Mowgli. “Now I will hunt alone in the jungle.”

“And we will hunt with thee,” said the four cubs.

So Mowgli went away and hunted with the four cubs in the jungle from that day on. But he was not always alone, because, years afterward, he became a man and married.

But that is a story for grown–ups.(64)

La narración comienza a dar solución a la crisis de identidad al colocar la individualidad por encima de la pertenencia a un grupo, ya sea humana o animal.

El carácter solitario y único de Mowgli es, de hecho, el objeto de narración de “In the Rukh”. Un fragmento del poema de Kipling “The Only Son” prologa el relato, en cuyo versos inicial y final puede leerse tal sintagma. Esta expresión tiene un doble efecto: por un lado, remite a la individualidad particular de Mowgli como aquel compuesto de una parte animal y de una parte humana a la vez que no pertenece a ningún dominio. Por otro, puede identificarse en ella una referencia intertextual al texto bíblico que pondera a Jesucristo como el Hijo Único de Dios, imagen que se refuerza cuando luego se presenta a Mowgli coronado, no con hojas de olivo como cuando crucifican al Dios hecho hombre de la mitología cristiana, sino con flores. Esta comparación habilita el ingreso de múltiples interrogantes que aborda “In the Rukh”: ¿qué sacrifica Mowgli? ¿A qué conduce su pascua? ¿Qué efectos produce la mitologización del personaje? El relato arrastra algunos índices del problema identitario que se presenta en otros anteriores. Así lo ilustra el empleo de sustantivos con carga semántica metafísica para describir al personaje: se sugiere una semejanza con la deidad Krishna; se lo llama “angel”, “devil”, “ghost”, “shadow”. Además, el propio personaje logra enunciar su crisis: “I am without a village (...). I am a man without caste, and for matter of that without a father” (330). En la formación de Mowgli a lo largo de los relatos se construye, entonces, el problema de la identidad: esta se visibiliza como un constructo no uniforme que pone en riesgo al sujeto como vector sobre el que se erige la prosa didactista del siglo XIX inglés.

“In the Rukh” ofrece dos hombres para restaurar la estabilidad narrativa y social: Gisborne, que trabaja para una división del gobierno, una suerte de baqueano , y “the gigantic German” (340) Muller, que lo supervisa. Este personaje, un “European male subject [...] whose imperial eyes passively look out and possess” (1992: 7), se reviste de superioridad que se evidencia en el hecho de que él puede ofrecer una explicación racional a la doble naturaleza de Mowgli al observar los rasguños en su piel:

‘Hold out an arm.’

He ran his hand down to the elbow, felt that, and nodded. ‘So I thought. Now the knee.’ Gisborne saw him feel the knee–cap and smile. Two or three white scars just above the ankle caught his eye.

‘Those came when thou wast very young?’ he said.

‘Ay,’ Mowgli answered with a smile. ‘They were love–tokens from the little ones.’ (334)

Muller deja de lado los apelativos con connotación metafísica y se remite a la observación racional de las cicatrices, causadas por los lobeznos hermanos del protagonista. Asimismo, este portavoz y ejecutor del imperialismo logra dar lugar a Mowgli al conferirle un valor utilitario al conocimiento que proviene de la doble formación del protagonista. “In the Rukh” así resuelve el problema de identidad: parte “of the wheels of public service that turn under the Indian Government” (330), el muchacho encuentra, por una parte, un ámbito de pertenencia que contempla sus dos naturalezas y, por otra, un padre: él mismo impone como condición servir a Gisborne. Spivak sintetiza: “Kipling’s text wins assent by figuring the imperialist as child” (2002: 62). El orden simbólico asociado a la ley de la selva finalmente se mantiene como una necesidad narrativa que es también una necesidad política y económica. Es en este sentido en que esa ley opera como principio de composición de la narración.

Este orden supone que existe una entidad que organiza el relato y confiere sentido a la experiencia: el narrador. Esta categoría se despliega en su capacidad explicativa desde “Mowgli’s Brothers”, cuando indica que en la selva se llama “Red flower” (13) al fuego, el nombre “proper” (13) que nadie puede emplear en la jungla. El narrador se hace una figura necesaria e indispensable para conferir sentido a lo narrado, es un mediador entre dos naturalezas, dos mundos, dos lenguajes que se encuentran en crisis: animales y humanos. Se trata de un narrador fuerte, que conserva rasgos de la prosa decimonónica y de la empresa imperial concomitante a nivel formal y político. Aunque a veces se le escape la tortuga –estas jornadas me permiten emplear esta metáfora– en deslices inverosímiles (el motivo de aplicación de la ley de la selva, el aprendizaje del idioma de los hombres por parte de Mowgli, entre otros aspectos), su narración cuaja gracias a las estrategias narrativas que emplea, apoyadas en esa ley que intenta mantener. Este gesto se observa con mayor claridad en “The Spring Running”, donde el texto incluso llega a sucumbir cuando se amenaza la ley del orden simbólico a partir del ingreso del deseo. Este se materializa en una descripción inicial del personaje con una conspicua carga erótica que da cuenta de su crecimiento:

He looked older, for hard exercise, the best of good eating, and baths whenever he felt in the least hot or dusty, had given him strength and growth far beyond his age. He could swing by one hand from a top branch for half an hour at a time, when he had occasion to look along the tree–roads. He could stop a young buck in mid–gallop and throw him sideways by the head. He could even jerk over the big, blue wild boars that lived in the Marshes of the North. The Jungle People who used to fear him for his wits feared him now for his strength (1998: 306).

Es este Mowgli que ha crecido el que resulta atractivo a Messua, la aldeana que oficia de su madre en “Tiger! Tiger!”: “he stood in the red light of the oil–lamp, strong, tall, and beautiful, his long black hair sweeping over his shoulders, the knife swinging at his neck, and his head crowned with a wreath of white jasmine” (310). La carga erótica es innegable, lo cual se expresa en el hecho de que Messua se desdice luego de llamarlo “son” para confesarle su amor y ofrecerle, incluso, el lugar que ha quedado vacío en su familia como padre luego de la muerte de su esposo: “Son or no son, come back, for I love thee” (311). Se trata de un momento sumamente desestabilizador: aquí una mujer inyecta en el relato otro tabú de la ley de los hombres –el incesto–. Esta inestabilidad se produce en un marco narrativo que presenta a la selva como un espacio con rasgos masculinos. Hasta el momento, las intervenciones de los personajes femeninos parecen tener una motivación estrictamente narrativa: la madre loba reconoce en “Mowgli’s Brothers” que es un niño lo que Shere Khan pretende aniquilar y anticipa el conflicto que ha de desarrollarse luego –el asesinato del tigre a manos de Mowgli, que remite a la domesticación de la naturaleza por parte del hombre–; la muchacha musulmana, hija de Gisborne, ofrece la ocasión –el matrimonio– para que se resuelva la falta de pertenencia de Mowgli. Nuevamente, es el narrador quien sustrae a Mowgli del espacio amenazante favorecido por el deseo de una mujer que ignora los mandatos culturales y tabúes. Logra salvaguardar el relato y el orden social al convertir al protagonista bípedo en líder al que los lobos le lamen los pies y prometen acompañarlo en los nuevos senderos que él trazará. Sullivan resume: “Kipling's writings about India are also produced by the larger historical strains of late nineteenth–century empire as it reacted with increasing authoritarianism to post–Mutiny (1857) fears of their own expulsion from the land they called their "jewel in the Crown"” (1993: 2). Los relatos estudiados de *The Jungle Book* and *The Second Jungle Book* junto garantizan el orden imperial con la estabilidad narrativa.

**Conclusiones**

En los relatos escogidos de *The Jungle Book* y *The Second Jungle Book,* Kipling parece subvertir el verosímil realista al presentar animales parlantes. No obstante, la comunidad animal está organizada en torno a la ley de la selva que humaniza la jungla. Esta humanización se apoya, como en el orden social occidental, en los tabúes del canibalismo y el incesto. Un narrador fuerte se encarga de mantener la estabilidad narrativa amenazada por un individuo que no posee una identidad homogénea ya que no desarrolla un sentido de pertenencia entre los humanos y tampoco entre los lobos. Mediante un personaje masculino que opera como padre, Mowgli es incorporado a una dependencia del gobierno británico en la India, a la vez que contrae matrimonio, lo cual permite dejar atrás la dislocación del protagonista. En este proceso, los conocimientos adquiridos en el mundo de los hombres y de los animales se ponen al servicio del imperio. Se resuelve así la cuestión identitaria de Mowgli, portador de una individualidad única que se eleva por encima de hombres y animales, cual mesías imperial.

**Referencias**

Auervach, Erich (1996). *Mimesis*. *La representación de la realidad en la literatura occidental*. México: Fondo de Cultura Económica.

Eliot, T. S. (1973). “Rudyard Kipling”. En *A Choice of Kipling’s Verse*. Londres: Faber and Faber, pp. 5–36.

Kipling, Rudyard (1998). *The Jungle Books*. Oxford: Oxford University Press.

Hagiioannu, Andrew (2003). *The Man who would be Kipling. The Colonial Fiction and the Frontiers of Exile*. New York: Palgrave Macmillan.

Pratt, Mary Louise (1992). *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. New York: Routeledge.

Spivak, Gayatri Chakravorty (2002). ‘Resident Alien’, in *Relocating Postcolonialism*, ed. David Theo Goldberg and Ato Quayson. Oxford: Blackwell Publishing, pp. 47–65.

Sullivan, Zohreh (1993). *Narratives of Empire*. *The Fictions of Rudyard Kipling*. Cambridge: Cambridge University Press.